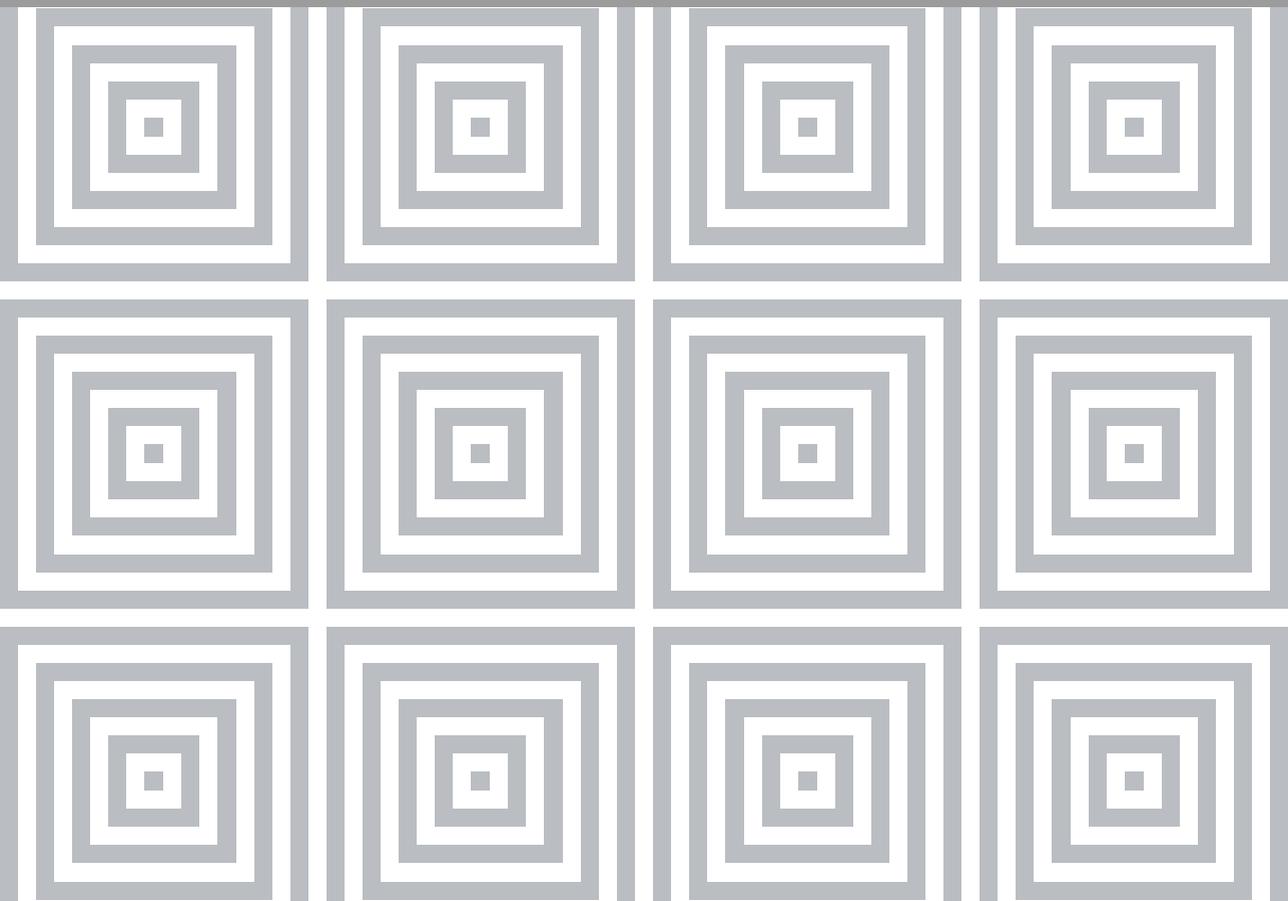


IX | Los abuelos



Si el núcleo de la familia matricentrada es madre-hijos, la familia que vive en un hogar no está constituida solamente por la madre concreta y sus hijos sino por toda una columna de madres que de la madre particular se remonta a la abuela materna y llega frecuentemente incluso a la bisabuela.

En el seno de la familia popular, los hijos suelen llamar mamá a la abuela y por el nombre de pila a la propia madre. Este lenguaje es producto de la convivencia en un mismo hogar de esa columna de madres. Puesto que la madre propia llama mamá a la abuela y ésta por su nombre a la hija, los vástagos reproducen esta misma denominación. Ello es muestra de que, más allá del núcleo, la abuela sigue siendo la gran madre de la familia como totalidad, no sólo de la hija sino también de los nietos, y como tal ella toma las decisiones y rige todo el entramado familiar.

En la historia-de-vida de Pedro se destaca la abuela, como personaje-significado de la familia popular. Este personaje aparece en multitud de historias-de-vida con total claridad, de modo que quedaría incompleto nuestro estudio si a las figuras de la madre, el padre, el hijo y la hija, no añadiéramos la de la abuela. El abuelo también se nos presenta, pero con las características «paternas» de fugacidad, tangencialidad y poco significado.

El abuelo concentra en sí tanto el sentido que fluye de la madre como el que fluye del padre. Es pariente de la madre, pero su sentido está en el padre. Por ejemplo, el abuelo materno es conocido por Felicia en la trama comunitaria que posibilita el acceso a él, pero, al igual que el padre, es un desconocido en la vivencia.

La abuela se perfila como centro de la familia, pero de la familia extendida que por ella adquiere también las características de matricentrada. En este caso, la madre es la gran madre de las madres de la familia, la abuela. Por esa vía, descubrimos que esta familia matricentrada, la extensa, sí corre riesgo de matriarcalismo. La familia matricentrada de una madre con sus hijos, la que podríamos llamar «nuclear», claramente no es matriarcal, pero la familia extensa está en condiciones de intentar serlo. De todos modos, como es el caso de Pedro, la madredad de cada una de las hijas de la «gran madre» acaba por imponerse y hacer fracasar el intento. Sin embargo, parece que el verdadero puesto de la abuela en la «gran familia» popular es el de centro unificador afectivo de los vínculos, como la madre en la pequeña familia. En Pedro, por tanto, están presentes dos modelos de abuela: la «matriarca» (como tendencia, al menos) y la «centro unificador» de la familia extensa. Por otra parte, la abuela, en uno y otro modelo, cumple, con relación al nieto, la función de madre sustituta o suplente durante las ausencias por trabajo de la madre propia, cuando de parte de ésta hay desatención, descuido, abandono, como en el caso de Evelia, y cuando es primeriza demasiado joven.

En la historia-de-vida de Pedro encontramos que apenas nacido pierde al padre, que es obligado a casarse con una menor a la que ha seducido. Pedro y su

mamá regresan a la casa de la abuela materna. Ésta, la verdadera gran madre, recupera así a su hija y adquiere el nieto, o lo que es lo mismo, la recupera con creces. El hombre rompió la relación madre-hija para hacerla madre; esa relación ahora se reanuda pero entre madre e hija-familia. La columna de madres se reconstruye tal como lo exige la familia matricentrada: por línea materna.

La abuela materna se lleva a los dos consigo, pero la expresión de Pedro es: «entonces se la llevó pa'llá». Puesto que él ya había nacido, hubiéramos esperado que hubiera dicho: «nos llevó». El caso es que madre-hijo constituyen una unidad — así se vive en la misma narración del mundo-de-vida—, de modo que el hijo es subsumido en la madre. Así lo vive la cultura, así lo narra y así lo expresa Pedro. Visto así, no hay espacio para pensarse hijo de padre. Se es hijo exclusivamente de madre y luego vendrá a saberse que necesariamente tiene que haber habido un padre.

La madre de Pedro tiene que irse, pues, con su propia mamá que es el lugar asignado por el mundo-de-vida, pero se va con su hijo porque los hijos son de madre. La abuela paterna también se considerará con cierto derecho a ser madre de su nieto y por eso hará el intento de retenerlo, pero nunca podrá ser madre de la nueva mamá; ésta tiene madre propia y su hijo es de ella y nada más.

Más de una vez, Pedro insistirá en la «tremendura» de su mamá.

Porque mi mamá era tremenda. Parece que le clavó un silletazo a mi papá en la rodilla, que no lo pudo parar, paró el gorpe. Y después le entró a la mujer. Después... Mi abuela por parte de papá, también le formaron su peo a mi papá y quería que mi mamá se quedara con ella, pero mi mamá no quiso. Mi abuela se la llevó, mi abuela por parte de mamá. Se la llevó.

El adjetivo «tremendo» tiene múltiples significados en boca de Pedro, no sólo el de agresivo con razones, como en este caso, sino también los de grandioso, importante, significativo. Ruptura violenta, violencia justificada ante el hijo por la ofensa del padre y de la otra mujer. La defensa violenta del lugar propio y de su hijo, de la casa-familia, porque ahora ella ya es familia, no mujer sola, no es pensada por Pedro desde el poder arbitrario sino desde la tremendura de su madre, esto es, ella no puede «hacer y deshacer», como su papá; sus acciones son justas y, por tanto, la violencia es tremendura, no injusticia arbitraria. Esta tremendura, por otra parte, está culturalmente justificada y, en ese sentido, es cultural; no una simple reacción subjetiva sino que pertenece al mundo-de-vida. Con su tremendura como instrumento, la madre, cualquier madre, se lleva por delante al padre, a la familia del padre y a todas las mujeres del padre; afirma, así, la exclusividad matrilial de la familia. Así se lo ha contado su mamá y con ello ha ido formando en

él la imagen de un padre externo a la familia, innecesario, prescindible y, además, ofensor.

Hay que detenerse en una particular expresión aparentemente errónea: «Mi abuela por parte de papá, también le formaron su peo a mi papá y quería que mi mamá se quedara con ella». Gramaticalmente es erróneo y el error está en el cambio del singular al plural en la forma del verbo cuando el sujeto sigue siendo singular. Si nos atenemos al sentido, en cambio, el error gramatical nos sirve de pista para ir más a fondo en la comprensión. El sujeto de la oración es la abuela, la madre del papá, pero a ella se asocia un sujeto secundario, implícito en cuanto tal pero explícito en el plural del verbo, que es el abuelo. La verdadera estructura de la familia está así expresada en ese error, lo mismo que en la expresión en la que se dice que la madre de Pedro pasó a vivir con la abuela, cuando en realidad pasó a vivir con los dos abuelos, pues en la casa vivían los dos abuelos.

«Vivía (el papá) con mi mamá. Se la llevó pa' su casa. O sea, mi mamá ya pasó a vivir con mi abuela pero por parte de papá. Se la llevó pa' su casa, pues, donde vivían mis abuelos. Mis abuelos querían mucho a mi mamá. La querían demasiao».

La mujer, la madre, es el verdadero sujeto de la familia y, por tanto, es ella la que «forma el peo», aunque también haya intervenido el hombre, y es ella la que se lleva «pa' su casa» a cualquiera que entre en la familia, por más presente que esté el hombre. Él no decide; su presencia en la familia es tangencial. El hombre no resuelve problemas familiares; nada tiene que ver con lo propiamente familiar. Puede hacer y deshacer fuera de la familia; no en ella.

El conflicto entre la madre, abuela de Pedro, y su hijo, tiene relación con que quien acepta una mujer en su casa es la dueña de la casa y el hijo no puede imponerla sin más. Por eso, esa madre hace todo lo posible por conservar a la mamá de Pedro y cerrarle el paso a la intrusa. Vence ésta porque está apoyada en el instrumento legal y porque la otra, cumpliendo con la cultura, regresa a su propia madre. La cultura se impone sobre los sentimientos personales. En la cultura popular, el vínculo mujer-hombre, si se rompe, es irreparable. Pero también el deseo de la abuela de que la madre de Pedro se quede con ella, a pesar de todo, señala claramente que las madres no conciben al hijo en pareja, no lo conciben como hombre-de, marido-de, sino simplemente como hijo.

Por otra parte, si el hijo está acostado con una mujer en la casa de la mamá, no es probable que ésta no lo sepa. Hay complicidad, seguramente. Lo cual no tiene nada de extraño. Es lo que suele suceder en el mundo-de-vida popular: la madre favorece el machismo del hijo en cuanto dispersión sexual y de pareja. Lo que no favorece es una estabilidad, un matrimonio, con una pareja impuesta. Una vez sucedidos los hechos, se desencadenan los reclamos—fuertes, numerosos y de todas clases—, pero más como un rito que hay que cumplir para reparar

la «decencia» que como verdadera protesta. Es un saludo a la moral del mundo-de-vida externo, el oficial y dominante, para que las cosas queden, en las ideas, como tienen que quedar y, así, la práctica pueda ir por otro camino, por su camino real. La madre de Pedro lo entiende muy bien y, claro, se va, pero transmite al hijo la imagen de su dignidad reconocida por los abuelos y la ofensa inferida por el padre.

Pero en el caserío mi papá, claro, como era el hijo del comisario, él hacía y deshacía y tenía otras mujeres. Un día, mi mamá salió a lavar y, cuando llegó a la casa..., encontró... Ella salió a lavar, y tal. Y mi papá parece que había tenido un día, dos días, que había salido y no había llegado a la casa. Entonces, cuando llegó a la casa, encontró eso que llaman catre, que allá lo llaman estera, a mi papá acostao ahí con otra mujer. ¿Qué resurta? Que mi papá, los días que se perdía de la casa, era que lo habían casao con esa mujer. Sin mi mamá saber nada. Entonces, mi mamá me había dao a luz ya. Y cuando mi mamá vino, los encontró acostaos ahí, en el catre ese. Y él le dijo que era que lo habían casao, que tal y que esto... Claro, como ella tenía que irse..., porque ella no se iba a quedá ahí.

Desde ese mismo momento, desde esa narración, el padre de Pedro le es presentado como ofensor de la madre. Violenta la casa, que es de la madre aunque sea participada de la abuela, porque, en verdad, el hombre está viviendo en la casa de la mujer, que está en la casa de los abuelos de Pedro. Éste es el significado, pues la casa siempre es de la madre. Introduciendo a otra mujer, aunque sea por matrimonio, está ofendiéndola a ella porque está ofendiendo su casa.

Después de todo esto, queda claro que la abuela es la que constituye y fundamenta la trama de la familia del padre de Pedro. El abuelo comisario se evapora de la narración. El papá de Pedro y su abuela paterna son su familia paterna verdadera y viviente. Familia de hijos-de-las-madres, familia de todos los hijos, cada cual único; todos son la familia, pero cada uno ordenado a su madre en una relación singular. De hecho, a lo largo de toda la historia, el papá de Pedro parece hijo único y, sin embargo, sabemos, por la misma historia, que tiene otros hermanos. Abuela materna y abuela paterna son dos familias distintas pero idénticas en el sentido.

El hombre no tiene lugar en la casa, permítasenos la repetición, ni un cuarto, ni siquiera un armario, escaparate o clóset, porque el cuarto es «el cuarto de mi mamá», el clóset es «el clóset de mi mamá», la cama es «la cama de mi mamá». ¿Acaso hay otra forma de nombrarlos en Venezuela? El papá quizás tenga una silla, «donde se sienta mi papá para ver televisión», a lo mejor y no siempre. En la clase media, puede que tenga una biblioteca o un despacho o un lugar en el garaje

para sus herramientas, esto es, lugar de trabajo, externo a los lugares propiamente familiares, en los que discurre la vida de familia. Ni el padre ni la pareja tienen lugar en la familia; los lugares son «de mi mamá».

Pedro, en su historia-de-vida, expone de forma lapidaria el papel de la abuela en la casa: «Mi abuela (en la casa), era lo que decía mi abuela; no mi mamá». Y la explica:

Cuando ella (su mamá con la abuela) llegó a Las Parcelas, ella se enamoró de un tipo que... por lo menos ése a mí me caía bien, pero mi abuela no deja que nos lleven a nosotros (él y la hermana). Mi mamá quería llevarme a mí, pero mi abuela no quiso: «No se va, que se vaya ella sola». Es la famosa cosa esa de que salían pa' una fiesta de noche y no llegó. Después mi abuela, con tanto problema, se la trae; se la quita (a la pareja). O sea, mi abuela siempre era fuerte con mi mamá.

La estructura matricentrada de la familia popular abre la posibilidad de conductas como ésta de la abuela de Pedro, hasta el punto de que podemos hablar de un intento por convertir esa familia de matricentrada en verdaderamente matriarcal en el ámbito interno, con la gran madre ejerciendo poder total.

Pedro señala que la abuela era «la que mandaba. Ella era la dueña absoluta de todo». Dejando de lado lo que pueda pertenecer a la personalidad singular de la abuela, el hecho es que ese dominio absoluto sobre la familia pertenece a la estructura del mundo-de-vida: la madre centro y dominio de la familia. De ese centro una madre nunca puede ser destronada. Mientras su hija, la madre de Pedro, no se independice, independizándose como familia, esto es, con sus hijos, única manera posible, será madre subordinada, hija de la propia madre, la abuela de Pedro. En este sentido, aquí hay un velado lamento de Pedro porque su mamá no ha podido librarse de la tutela de la abuela, lamento que más adelante será un no velado reproche.

El intento y esfuerzo matriarcal de la abuela se encamina a constituir una sola gran familia en la que todas las familias de las hijas estén subsumidas.

En el caso concreto de la abuela de Pedro, el proyecto tiene un efecto limitado por cuanto todas las hijas, excepto la mamá de Pedro, Flor, se rebelan y forman sus propias familias fuera del hogar materno. Por parte de Flor, cada «enamoramiento» es un intento de rebeldía y en este mismo contexto parece entrar la ida a trabajar en Caracas, salida que cumple la doble función de independencia y mantenimiento de los hijos, que ya son dos. Sin embargo, la forma familiar: abuela-hija-nietos, se mantiene como esquema de una estructura más amplia que la de madre-hijos, como núcleo, que se reproduce como modelo, con infinidad de variaciones, en la práctica de la familia matricentrada.

Tenemos, así, la figura de una abuela que actúa como la gran matriarca de una familia netamente matricentrada, a la que quiere mantener totalmente bajo su férula y hace todo por lograrlo. Pero no es éste el modelo general de la función de la abuela en la familia matricentrada.

La gran madre, la abuela, actúa, sobre todo, como centro afectivo de la gran trama familiar de relaciones y, en ello, reproduce la función de la madre en la familia más reducida —por no decir nuclear— de madre-hijos y no como control de dominio en ejercicio de poder. Por eso, no puede hablarse, sino por excepción como en este caso, de matriarcado —y tampoco aquí en sentido estricto—; más bien hay que hablar de matriado: la madre como centro afectivo, fuente de sentido para todo un mundo-de-vida.

Pedro, ya mayor, ve la situación de su madre como particular y de «mala suerte», pero no es sino la atribución a ella del papel de hermana mayor por parte de la abuela. Es éste un caso en el que el papel de hermano mayor no lo desempeña un varón, pues ninguno de ellos sirvió para cumplir la función, sino una hija a la que le es asignado aunque ella lo rehúya.

Porque mi mamá, ella tuvo muy mala suerte por mi abuela. ¿Nosotros por qué vivimos por mi abuela? Mi abuela es una persona que nunca quiso soltar a mi mamá. Todas las demás se soltaron menos mi mamá. Mi mamá tenía que ir pa' donde ella fuera. Obligá. La obligaba a que se fuera con ella o si no, la chantajeaba, que si estaba enferma, que si se iba a morir, que tal. Y mi mamá atrás de ella. Mi mamá con este señor vivía muy bien, que se llamaba Luis. Muy bien vivía. Estaba bien chévere. Entonces mi abuela fue a pasar un tiempo a Santa Marta y mi mamá tuvo que irse.

La figura absorbente de la abuela deshace toda posibilidad de realización personal independiente de la hija. El bienestar de la hija debe ceder ante la imperiosa decisión materna. Ordinariamente, el ejercicio de poder de la madre no llega a un dominio tan total. La hija, sobre todo la hija, logra evadirse de él, ya sea por sí misma ya sea con el apoyo de otros familiares. Es lo que encontramos en Felicia. La familia matricentrada parece, sin embargo, tener intrínseca esta tendencia a un matriarcado hacia dentro, hacia la familia misma, no propiamente social o político, contra el que la trama de relaciones extensas ejerce la función de equilibrio.

Pedro interpreta claramente la actitud de la abuela y entiende que es la misma cuando no quiere soltar a la mamá que cuando lo arranca a él de la casa de los abuelos paternos la primera vez, cuando apenas había nacido. Descubre en esto una constante conductual.

En el caso concreto de Pedro, la figura materna es sustituida por la abuela, la cual, no obstante, no borra a la madre sino que sólo la sustituye temporalmente.

Por eso la madre sigue presente, mediada por la abuela. La abuela funciona, pues, en la vivencia del niño, como mediación para mantener presente a la madre. Esto, que puede considerarse como un hábito del mundo-de-vida popular, potencia la presencia materna en la memoria y el anhelo del niño por el contraste entre el trato de la abuela y el de la madre. La ausencia de la madre, si bien no es abandono, tiene consecuencias sobre el hijo, quien queda sometido, sin muro de contención, al trato de la madre sustituta. En cierto modo, parece percibirse en la narración un velado reclamo porque la madre no lo protege contra el duro trato de la abuela.

En toda su historia, Pedro habla extensamente de su abuela (a la que llama muchas veces mamá) y poco, o mucho menos, de su madre de la que sólo describe algunas cualidades. Y, sin embargo, queda muy claro que ella es la solidez profunda de toda la trama de su vivir. No la cantidad de las referencias sino la fuerte carga afectiva, la cualidad de las mismas, es lo que llena de significado la figura materna muy por encima de la de la abuela. El Pedro adulto que narra su historia tiene que justificar la ausencia materna por la penuria en que vivían. La explicación se siente como una justificación porque la separación de madre e hijos, culturalmente, es de por sí injustificable; sólo razones extremas de sobrevivencia la pueden justificar. Esto lo hemos ya encontrado en Felicia y se repite en las historias-de-vida de sujetos populares. Es uno de los mecanismos más frecuentes de la emigración del campo a la ciudad y de la trashumancia de ciudad en ciudad. De todos modos la madre es el eje, por encima de la abuela. La madre sigue presente constantemente en Pedro, aunque, prácticamente, casi no ha vivido con ella. No ha vivido con ella en cuanto cercanía física. Hay, sin embargo, todo un vivido cultural que permite esa presencia, más allá de la misma experiencia personal. La subjetividad nos lleva al mundo-de-vida y a la cultura. La subjetividad no es individual ni está aislada.

Sin embargo, entre la madre y la abuela hay claramente una notable rivalidad que se expresa desde un principio en la información que al niño le dan sobre su papá. Pedro lo que tiene es una vaga idea sobre su papá. Informaciones contradictorias. Lo corriente es que la madre transmita al hijo una imagen negativa del padre, especialmente si está ausente. En el caso de Pedro nos encontramos con una rivalidad entre la abuela y la madre que explica las dos versiones distintas sobre él que recibe.

Mi abuela me decía que mi papá se había muerto. Porque ella le tenía rabia. Pero yo... Mi mamá sí me decía, a mí, escondió, que ¡mentira!, que mi papá vivía y que era un hombre bueno, que hizo aquello, pero bueno. Ella no me lo había contaó, porque ella me lo contó después. Ella lo que me decía: —Hizo una broma mala, pero él es bueno. Y mi abuela me decía que no, y que ese tipo y que era malo.

¿En qué consiste la rivalidad?

Ante todo, como ya hemos insistido, hay un esfuerzo de la abuela por ser la gran madre de todos los nietos sustituyendo a la madre real. Ésta, por otra parte, rivaliza para mantenerse como madre ante sus hijos y ser así reconocida por ellos. Pedro lo aclara en una de las sesiones de trabajo:

Ella (la abuela) nos dice: «Ésa no es tu mamá; ésa es Flor, ¿ah?; ésa es Flor». «No, ésa es mi mamá». «La mamá de ustedes soy yo». Todos los hermanos la llamamos Flor todavía hoy (...) Sí, ella siempre nos quería imponé... Ella: «Tu mamá nunca está aquí, tu mamá siempre está en la calle. Tu mamá no es tu mamá; tu mamá soy yo. Yo soy mamá y papá de ustedes». ¿Qué es lo que pasa? Que yo to' el tiempo me he rebelao. Yo al tiempo me rebelé: Nooo... ¿qué pasa? Yo tengo mi papá... Al principio no; a mí me había dicho que se había muerto; yo no sabía que estaba vivo.

Mientras la abuela le está diciendo cosas malas del papá, la mamá se lo reafirma, le da existencia; o sea, la mamá se hace cómplice de él para ir en contra del autoritarismo de la abuela y abrirle, al mismo tiempo, la esperanza de una redención en el papá desconocido y esperado. Le defraudará luego, pero, hasta ahora, es una especie de redentor en el horizonte. La madre, con ello, también se rebela a la abuela y asume ante el hijo el papel central de madre. La madre en el mundo-de-vida popular no acepta competencia; por alguna vía se escapa para afirmar su significación central para el hijo. Madre hay una sola.

Ya desde los primeros momentos de su infancia, Pedro vive el contraste entre el trato de la madre y el de la abuela. La abuela es muy rígida en la exigencia de control y disciplina. Por eso el niño no puede salir ni socializar bien con los compañeros de edad. Las circunstancias parecen justificar la rigidez de la abuela. Vive también la ya señalada rivalidad entre la abuela y la madre que se resiste a hacer de hijo mayor sometido a la abuela, esto es, el papel de hijo mayor de la familia matricentrada de la abuela.

Toa la vida, o sea, toa la vida no tuvo a más ninguna sino a ella. Mi abuela siempre descargaba en ella. En sí es igualito: mi abuela descargaba en ella lo que mi abuela descargaba en mí. To' el peso de la casa. Mi abuela la tenía a ella, no sé, de una manera que... de que en ella descargaba todo, en ella descargaba su rabia, en ella descargaba esto, en ella descargaba el peso de la casa. Mi mamá era... Es que las otras se rebelaban; mi mamá no, mi mamá era la que to' el tiempo estaba ahí; hasta que, al final, se le rebela pero no... a... ya nosotros somos hombres.

Este es uno de esos casos en los que una hija y no un hijo varón, y además sin ser la mayor entre los hermanos, ejerce como tal por decisión materna.

«Mi mamá viene siendo la tercera. Hay un mayor que se perdió. No sé; la cosa era bien rara. El mayor se perdió, él estaba por allá... Argenis. Mi otra tía se casó. Mi abuela nunca la reprendía, a mi mamá sí».

El mecanismo para tenerla sometida al poder de la abuela, es impedirle formar familia propia, la vocación cultural de toda mujer en el mundo-de-vida popular y no tanto entablar uniones transitorias con hombres.

Eso sucede con su consentimiento o sin él. Su esfuerzo se dirige a impedir que Flor anude sólidamente el centro-nudo de relaciones madre-hijos, que es la verdadera familia matricentrada. Se trata, pues, de impedir que Flor se constituya en familia propia. Lo sorprendente es que también en esto fracasa pues, no obstante la intermitencia del contacto, el alejamiento casi constante de la madre, la interferencia prepotente de la abuela, Flor y sus hijos son una auténtica familia matricentrada que a la larga triunfa sobre el poder de la abuela y se constituye no sólo en cuanto familia sino en cuanto realización de Flor como madre completa y autónoma.

En esta dura confrontación, Flor recibe el apoyo de sus hermanas, pero sobre todo de una que es, según lo dice Pedro: «hermana, hermanita de mi mamá, de papá y mamá, o sea, pues, son las más pegadas, las más... Si a ésta le pasaba algo, ésta la buscaba; si a ésta... era la que estaba más cómoda, tenía más dinero y todo. Ésta siempre dio la cara por mi mamá y por nosotros; que ella gastaba lo que fuera por mi mamá, pues».

Sobre la formación de pareja, en el caso de Flor, la gran madre quiere tener la última palabra. Se trata, en realidad, del mismo esfuerzo por impedir la constitución de Flor en familia autónoma.

O sea, yo vine a descubrir algo ahí, algo que estaba raro en la casa. Mi abuela desde pequeño, o sea, desde que yo estaba pequeño, en la casa vivía con nosotros un señor llamado Juan que era más joven que mi abuela y como a la par con mi mamá. No era el marido de mi abuela; mi abuela desde que yo la conozco, la conozco sola. Ella, este tipo lo crío... (...) Él hacía lo que mi abuela decía. Yo no sé si de verdad lo quería para mi mamá, pero mi mamá no... nunca lo aceptó.

La experiencia del nieto en relación con la abuela es la de un sometimiento muy duro. La abuela decide, según la rigidez de sus concepciones, sobre la escuela y el trabajo de los niños en contra de la voluntad de la madre, quien precisamente para eso, para que Pedro pueda vivir su infancia y no tenga que trabajar, se está sacrificando.

«Eran cosas de mi agüela; que ella decía que yo tenía que trabajar».

La figura materna, aunque sea una abuela cruel, está protegida por la cultura. Es el único signo de bondad, de protección, de afecto positivo de que se puede disponer. «Será lo que sea, pero es mi abuela». Al padre, en cambio, se lo puede rechazar e, incluso, odiar. No está protegido.

Se le preguntó si llegó a odiar a esa abuela. Su respuesta está plenamente dentro del sentido cultural de lo que significa la figura materna: «Llegaba un momento que a mí me daba rabia, pero ¿qué iba a hacer? Tenía que morir ahí (...) No, yo no podía; llegó a ese extremo no podía. Ya a ese extremo no llegaba. A ella no. Sea como sea. Me tenía a mal, pero era mi abuela».

Mi mamá, cuando llegaba, ésa estaba dedicada a nosotros de lleno, a protegé a sus muchachos, yya... y era un enfrentamiento, o sea, yo, cuando mi mamá llegaba, yo no le paraba bolas a mi abuela. Claro, llegó mi mamá y entonces: «Yo quiero esto». Mi abuela decía: «No, que...». Enseguida, mi mamá: «No, a él me le dan esto, porque yo trabajo pa' que a él le den esto; así que él va a comer eso». Entonces, claro, había llegado mi mamá; pero, cuando mi mamá se iba, yo lloraba como loco porque yo no me quería quedar, yo me quería ir con mi mamá (...) Cuando mamá llegaba ahí, eso era otra vida, eso era otro mundo. Mi mamá llegaba por ahí el diez de diciembre, y todo eso era una maravilla; ya no se metía ese régimen (...) Después, decía: «Ya tu mamá no está aquí». Había que someterse al régimen.

Pedro sigue narrando las características de esa familia semimatriarcal formada por su abuela. Ella administra lo que aporta la madre con su trabajo en Caracas de acuerdo a un criterio de gran familia única en la que la distribución de bienes está jerarquizada según el papel de cada uno. La abuela es la gran madre de toda esa familia y distribuye en cuanto receptora de todos los aportes. En su perspectiva, no hay otra madre ni hijos de otra madre. No tiene rival en la madreidad dentro de esa trama.

Si esto es lo que sucede en la familia materna de Pedro, no es distinto en lo que se refiere a la estructura constitutiva del papel de una abuela en la familia matricentrada en su familia paterna. Las diferencias son notables en el trato y en la consideración del nieto, pero las líneas generales que forman lo compartido por todas la mujeres que participan en la practicación de eso que podríamos llamar la «abuelidad» son las mismas.

La abuela paterna es la primera figura humana que aparece en su historia-de-vida. «Mi abuela tenía una casa (...) Entonces, mi mamá vivía con mi abuela (...) Mi abuelo era el comisario del caserío». Así, pues, de una vez nos encontramos con la abuela, la gran madre.

Las abuelas bregan con los nietos en el ejercicio de una segunda madredad, que no es sino la continuación de su misma madredad estructural, pero la biología tiene sus exigencias. La madre de Felicia tiene dificultades porque «ya... estaba bastante mayor» y, se supone, puesto que «los muchachos estaban estudiando», que tenía problemas de disciplina. La suplencia de la abuela empieza a no ser eficaz.

La abuela materna se lleva a la nueva familia, Pedro y su mamá, para su casa, reconstruyendo así la columna familiar donde le corresponde, en el lugar de las madres.

Pedro no habla nunca de su abuelo materno; no sabe de él. Como si su mamá no hubiera tenido padre; por lo menos no hay memoria de él. De él no le han contado. No tiene ni siquiera nombre. Nada extraño; es el destino normal de los padres: desaparecer hasta de la memoria. Sólo hay una referencia muy vaga a «un tal señor» con el que vivía la abuela cuando él nació.

Yo pregunté pero nunca me dijeron nada. Me la barajeaban muy feo. Yo le decía a mi mamá: yo tengo mi abuela, tengo mi abuelo, ¿y el papá de usted, pues? Si yo quería ganarme un peo, le preguntaba a mi abuela eso: —No, ése es un viejo por ahí así (...) Eso parece que fue un coñazo mal dao ahí; le dejó el muchacho (...) Mi abuela también tuvo su historia. La historia que vivió mi mamá viene de mi abuela, o sea, que los hijos de mi abuela también son de padres diferentes. Hablaban del señor que mataron, que parece que era muy buena gente y tal. De ése era del que hablaban, pero del de mi mamá nunca. Yo no sé quién es. Y si tenemos familia por ahí, mi mamá yo creo que ni sabe. Mi abuela nunca lo nombró.

Es, pues, la historia de todo abuelo: desvanecerse.

El señor sin nombre con el que vive la abuela es presentado en primer lugar como propietario de ciertos bienes, desde su valor económico, su valor como proveedor; en segundo lugar, como macho de varias mujeres —por lo menos de otra—, y en tercero, como engendrador de tres hijas. De una vez las tres notas del padre y del hombre popular.

En la historia-de-vida de Juliana hallamos una abuela sustituta, porque no fue realmente la madre de su mamá sino la señora del abuelo que crio a la mamá. Es abuela porque ejerció las funciones de madre con su mamá, criándola. Por eso antes a la mamá de la mamá no la llama abuela, no ejerció su función de madre. Ejercer la función de madre da inmediatamente el título de abuela. Lo que constituye la «abuelidad» es, pues, el vínculo afectivamente vivido que se establece con ella.

En la historia-de-vida de Evelia se reproduce la importancia de la abuela, en este caso, cuando la madre falla.

Si la madre concreta de Evelia falló, no ocurre así con el significado madre o madre-cultural; allí está la abuela. Ella no sule a la madre física, porque eso lo hace Evelia como hermana mayor, sino que ocupa su lugar de gran madre unificadora y orientadora de la gran familia. Cuando ya se acerca su muerte manda a cada uno de sus hijos —«les dijo»— que los criaran a ellos, esto es, al grupo de hermanos abandonados por su madre. Manda que se ocupen absolutamente de ellos.

En ese tiempo to' el mundo se olvidó que, que nosotros existíamos. Porque mi abuela antes de morir, eso fue des, después que mi abuela se murió, este, ella les dijo a ... sus hijos, que nos criaran a nosotros porque mi mamá nunca iba a está pendiente de nosotros. Entonces, toítos 'taban pendientes. Pero no; pen, pendientes nada más: «¿Cómo vas?», pero no en vivir.

La presencia de la abuela en el relato es muy fuerte. Aunque ella murió cuando Evelia tenía menos de seis años, ésta la presenta con un significado muy hondo y vívido en su familia. La abuela significa la ética fundamental de un mundo-de-vida centrado en la madre. En la figura de la abuela está presente el mundo de madres, es decir, mujeres-madres, en el que ella es la madre mayor entre las madres de la historia, con una presencia tal que trasciende a su muerte física. Es como si la abuela contuviera lo prescrito en la cultura para que la trama de la vida popular venezolana a lo largo de las generaciones no se pierda.

Evelia, de la madre concreta, prefiere aceptar que está loca, o está mal de la cabeza, que es inmadura, antes que reconocer que ha fallado. Los tíos estuvieron pendientes, sí, pero no «en vivir», dice Evelia. Así, llega el momento en que Evelia dice abiertamente que ella se hizo madre de sus hermanos a los seis años de edad. No se hace madre de sus hermanos sino hasta que otros mecanismos culturales, a saber, la propia madre, la abuela y las tías, no están presentes para ejercer la madredad en su familia. Hacerse cargo de sus hermanos aparece como la primera opción de vida en el mundo-de-vida popular en las hermanas mayores, una vez que las otras opciones no se pueden dar. Cumple así el mandato de la abuela, aunque no iba dirigido a ella propiamente. Podría uno preguntarse si ella escuchó personalmente las palabras de su abuela en el momento en que las dijo. Puede que no haya sido así. Lo que importa es que a ésta le llegan esas palabras como si las hubiese oído directamente; las vive así, y así lo dice. Le llega a Evelia el significado de la madredad desde el mandato de la madre-abuela, y éste le sirve para enfren-
tar la vida tal como lo pide la cultura, esto es, de modo matricentrado.

El significado madre, propio del mundo-de-vida y de la cultura, aparece, pues, en la figura física de la abuela. Su muerte deja a los ya huérfanos por abandono de

madre, doblemente huérfanos. Pierden la protección materna y la seguridad que en ella habían tenido. Las abuelas, en la gran familia, representan el horizonte de seguridad, acogida, resguardo y solidez afectiva.

Todo es asunto de mujeres y mujeres-madres. Por eso con respecto al padre Evelia no tiene problemas, pues él nunca vivió con ellos. El verbo vivir marca la huella del padre: es un externo al nudo familiar, un sujeto que los aprovisiona de comida, lo que nunca les faltó de él. No es que nunca les faltó él, sino la comida que «de él» venía. Es el segundo hombre que aparece en la historia; el primero fue el hermano mayor, que es el que los ayuda más a vivirse familia: la madre y sus hijos, para la cual el hermano mayor se hace hijo.

Ahora que ha aparecido la figura de la abuela y la fuerza de su significado, se comprende que en el mundo-de-vida popular el niño no experimentará abandono si la familia vive la madredad tal como la ha expresado la abuela. De hecho, el mundo-de-vida no abandonó a los cuatro hermanos aunque no vivieron a la madre concreta como la madre ideal de su cultura matricentrada. La fuerza del mandato de la abuela a sus hijos y nietos manifiesta un mundo-de-vida que se protege de la ausencia del sentido de vida, de la ausencia de madre.

A lo largo de sus diecisiete años de vida, edad en la que narra su historia-de-vida, presenta la crianza como asunto de mujeres y no de hombres. Es un mandato cultural, una ética de su mundo-de-vida, y no un asunto particular de su abuela concreta. La abuela encierra el significado de la madredad.

De hecho, La abuela encomienda sus nietos a sus hijos, pero no se los encarga ni al abuelo ni al propio padre de ellos.

¿Qué dice del mundo-de-vida la exclusión de estas dos figuras del mandato de la abuela? Dice que la familia y la crianza son asuntos de mujeres. Se evidencia en ello que no se trata de que la abuela no tenga poder sobre el abuelo para que éste la obedezca, mientras sí tiene poder sobre los hijos, sino que a él no le está encargado ese asunto en el mundo de la cultura. El mandato de la abuela, mandato cultural, ha de ser cumplido por todos y cada uno de sus hijos, hijas e hijos, mas no por los maridos, el suyo y el de su hija. Así es vivido el hombre en el mundo-de-vida popular. Abuelo y padre, a su vez, se presentan conformes con esa determinación cultural. Es allí, en esa coincidencia, donde se manifiesta la conducta como una voluntad cultural.

El marido, en este caso el abuelo, no fue llamado a cumplir con el mandato de cuidar a los cuatro hermanos, porque para la abuela-madre no existe abuelo significativo para sus nietos pues los hombres del mundo-de-vida popular venezolano no crían a los niños de la familia. Esto ya había aparecido al principio de la historia-de-vida, cuando se dice que las tías son las que se presentan para criar a los sobrinos y no su propio padre. Se está reafirmando, en la vivencia que expresa

la abuela sobre el abuelo, el significado del hombre popular venezolano que ya había aparecido en el padre como figura externa a la familia.

Tenemos que, con el mandato, la abuela reitera la ausencia de pareja y también de padre y abuelo significativos. Con la figura del abuelo se pone de manifiesto que el hombre hasta el final de su vida es vivido por la esposa como un externo a su familia. La familia aparece como pertenencia de la abuela. Allí, ella le da potestad a aquel que el mundo de vida le otorga; al abuelo no le concede esa potestad de hacerse cargo de los nietos. Todos los personajes en torno al acontecimiento, los tíos, el abuelo mismo, la nieta—Evelia—, coinciden en asumir al abuelo tal como la abuela estipula que debe ser vivido.

Sin embargo, el abuelo, al que muy cariñosamente nombra como «mi papi», sí es vivido por la nieta como parte de su familia, como un abuelo paternal ante la ausencia del propio padre.

«Mi papá casi nunca había estado con nosotros. Entonces no, no, a mí que no me den nada entonces... Y mi papi, mi abuelo, ¡cómo me quiere mucho!; mi papi me da y, si no me da no importa».

Y, sin embargo, es la nieta misma quien presenta al abuelo como excluido de la crianza de sus nietos, los cuatro hermanos. Ante esa determinación cultural, la nieta no ofrece resistencia, simplemente enuncia el significado del abuelo en la familia popular. Para la abuela, sin embargo, aun cuando está dentro de la narración de familia, no es significativo como propiamente familia; familia para la abuela o gran-madre son sus hijos y ella. Narra Evelia:

Mi mami (la abuela) era la que hablaba, ella decía: —«Se va a hacer esto, se va a hacer esto, usted me va a hacer esto»—, y mi papi (el abuelo) lo que hacía era eso, buscá la comida. Mi mami lo mandaba a él. Ella, cuando ella se muere, él se encuentra... se murió como todo para él, porque él, él. Ella era la que lo mandaba. Él hacía lo que ella decía y él no encontró qué hacer, pues. Y se... empezó a bebé y a beber.

La nieta sí vive a su abuelo como un hombre apegado a su familia. La muerte de su mujer lo afecta profundamente. Es dominado totalmente por su mujer, de modo que no consigue qué hacer cuando queda solo a la muerte de la esposa. Cuando se llevan a sus hijas menores, *pierde todo, su vida eran ellas dos; él, él empezó a vivir solo y a bebé*. El hombre maduro que vive solo se enferma o se mete a beber licor. Es que el mundo-de-vida está edificado para vivir la comunidad de personas. Quedarse sin la mujer y luego sin los hijos, al hombre maduro lo acaba. No es que el abuelo pierde su vida, sino que al perder *todo*, el *todo* está en la mujer y las hijas, su vida quedó vacía. Estamos en presencia de un hombre del pueblo que llega hasta el final junto con su mujer, cosa no común, pero que no tiene autono-

mía en la vida y al fin y al cabo, no obstante tener muchos hijos y nietos, queda solo porque culturalmente su familia no son ellos.

Mediante estas historias-de-vida se nos ha venido perfilando la figura de ambos abuelos, y su funcionalidad y sentido dentro de la familia matricentrada, el mundo-de-vida popular y la cultura. Ambas figuras se nos precisan más claramente y muestran sus diferencias y características de los relatos-de-vida que comentamos a continuación. A los narradores, historiadores, los indicaremos con un ordinal empezando por el primero.

Primer narrador: No nos habla de la abuela paterna porque no la conoció dado que murió al nacer su padre. Del abuelo paterno, aunque no lo conoció de contacto personal, sí nos puede dar una semblanza de la que podemos deducir los significados fundamentales que caracterizan la figura y el significado del abuelo paterno popular.

«Mi abuelo paterno es el más grande terrateniente, por más de treinta años, por toda esa zona; tenía como ciento y tantos muchachos. Un hombre muy famoso en un pueblo que ahora es ya una ciudad». En las muchas familias matricentradas que formó habiendo producido tantos hijos, no desempeñó otro papel que el propio del padre popular, excluyendo incluso el de proveedor. «Habría que enfocarlo más como padre, padrote, que como abuelo».

Narra este primer historiador un episodio que manifiesta claramente su comportamiento, que coincide con lo que ya sabemos del típico padre de familia matricentrada. Nunca fue percibido como abuelo:

Mi papá, de las pocas cosas que me cuenta él de su familia, en realidad, de la familia de mi papá nadie me contó nada, nunca, yo no sé nada sino, por ejemplo, este cuento que les voy a narrar. Lo sé, no porque me lo haya dicho a mí, sino porque lo dijo estando en público. Estaban varios tíos míos y lo contó. El día que mi papá se va a casar con mi mamá o días antes, él se va hasta la casa de mi abuelo y se sienta en la acera de enfrente, porque mi abuelo les tenía prohibido a los hijos entrar a su casa. Mi papá lo esperó desde la mañanita, nos cuenta él, eran como las seis de la mañana cuando se sentó ahí, y mi abuelo salió como a las diez. Abre el portón para sacar el carro y ahí lo aborda sin entrar a la casa mi papá y le dice: «Bendición, papá». «Dios te bendiga». Porque eso sí tenía mi abuelo: a todos los reconocía como hijos de él; no les daba el apellido, pero reconocía que eran hijos de él. Entonces, le dice: «Mire, la semana que viene me voy a casar; usted sabe mi situación, que no tengo nada, ni una casa ni nada, ni trabajo. ¿Ud. no será que me puede ayudar con algo?». Y él le dice: «Cónchale, hijo, felicitaciones. Qué bueno, es un gran paso el que tú vas a dar, eso es vital. Bueno, mira, yo lo que te puedo dar es un buen consejo: no tenga hijos; lo peor que puede suceder es que se ponga a estar teniendo hijos porque...».

Es como si le hubiera dicho: Lo peor es que tú vengas ahora a decirte hijo mío.

De relación propiamente familiar ninguna, ni de padre ni de abuelo. Es lo que hemos encontrado y vamos a seguir encontrando como característica de los abuelos, su extrañeza con relación al núcleo de la familia, a su pertenencia estructural, que en unos tiene su manifestación de una manera y en otros de otra, pero que en todos está presente.

El mismo historiador sigue narrando un episodio, que va incluso más allá de la figura del abuelo como tal, para mostrar lo que un padre puramente biológico y no comprometido con las familias matricentradas que ha generado produce en los hijos regados por toda una región que se desconocen como hermanos.

Imagínense la experiencia, para alargar un poco el cuento con mi abuelo. Una vez estábamos tres tíos por parte de mi papá, mi papá y yo. Íbamos campo adentro, pero campo adentro, yo tendría trece, catorce años, y nos paramos por pura casualidad. Todo el mundo tenía sed: «Vamos a tomarnos una cerveza ahí, ahí venden cerveza». En una casita del campo ahí perdida. Y dicen: vamos a pararnos a preguntar a ver si tienen cerveza. Y sí, tenían cerveza, por supuesto Polar. Eso es normal, ese tipo de cosas. Y nos sentamos. Ellos se sientan a beber su cerveza y a mí me dan una Pepsi-cola que era lo que se bebía entonces; no se bebía Coca-cola. Y ellos empiezan a hablar de su papá, mi abuelo, y lo vagabundo que era y tal y tal y cual y cual. Y de repente yo veo que la señora que está dentro, la dueña de la casa, sale y les pregunta: —¿Su papá es tal? —Sí, sí, es tal. —Pero si ése es mi papá, somos hermanos. Y ahí empezamos y pasamos todo el día echándonos el cuento de su familia. Eso es lo único que yo puedo saber del abuelo. No sé otra cosa porque, es decir, la imagen que hay, la que yo tengo, es la imagen que tiene el pueblo o la que tenía el antiguo pueblo, que ya es una ciudad en la que todavía la fama la tiene, pues, de ser un padrote de ciento y tantos hijos. No sé más nada. No puedo saber más nada.

El mismo nieto, al narrar, dice que ellos pasaron la tarde «hablando de su familia», como si no fuera también de él. No dice «de nuestra familia» o «de mi familia», sino «de su familia», como si los tíos paternos no fueran de la propia familia de quien narra. La trama familiar paterna es una trama externa a la propia familia que es la trama materna. A ella pertenecen los abuelos paternos y como tales se los considera, aunque puede ser que se tenga algún contacto más o menos cercano con ellos y a veces alguno pueda ser integrado a la trama familiar propia.

Este abuelo no fue, en realidad, abuelo del narrador sino sólo un ascendiente biológico.

Esta anécdota, por otra parte, confirma de nuevo lo que ya hemos señalado refiriéndonos a los hermanos: los hermanos de padre no son propiamente her-

manos y en gran parte de los casos resultan incluso totalmente desconocidos. Los folletines novelescos y las radionovelas y telenovelas tienen aquí un amplio tesoro de realidades de donde sacar argumentos.

Nos presenta luego las figuras de los abuelos maternos, comenzando por la abuela. Comenzar por la abuela, no carece de significado. Se empieza por la abuela porque es la más cercana, la más significativa en el ámbito familiar, la gran madre que constituye la columna de la gran familia. Esta abuela es la Juana a cuya historia-de-vida ya nos hemos referido varias veces. Ahora la veremos desde la percepción experimentada por el nieto. Los conflictos entre gran madre y mamá del narrador, que ya hemos encontrado en la historia-de-vida de Pedro, tienen en Juana y la mamá del narrador otra manifestación con sus propias peculiaridades.

En efecto, se nos informa que Juana tenía: «... un carácter arrechísimo; una personalidad, pero una personalidad hecha y derecha, pero serena, sin gritos, poniendo las cosas en su sitio. Se imponía con la actitud». Una gran madre dominante, por tanto. En consecuencia: «Mi mamá, como sabía eso, que mi abuela era así, no le gustaba estar en debilidad porque ella también es así».

El problema se centra en que la gran madre pretende imponer a la hija todo lo que tiene que ver con la crianza de los hijos. Como en el caso de la abuela materna de Pedro, también Juana, de algún modo, pretende hacerse madre de los nietos. «Mi abuela siempre la corregía en lo que era ser madre, en lo que era la crianza, y a mi mamá no le gustaba que la estuvieran corrigiendo».

355

No obstante todo, carácter y actitud dominante incluidos, cada domingo hijas, hijos y nietos acudían a la casa de la abuela.

En la gran mayoría de los casos hemos encontrado esta función propia de las abuelas, especialmente de las maternas: ser el gran centro de unión de toda la gran familia, constituida por los hijos y sus descendientes, mientras viven. Los momentos de gran reunión pueden ser semanales, como en este caso, o anuales, finales del mes de diciembre, sobre todo cuando los vástagos están muy dispersos, pero la abuela como centro de encuentro y núcleo afectivo para vivirse y sentirse familia es el fundamental de los significados culturales que constituyen eso que podríamos nombrar como la abuelidad.

Juana muere a los 112 años y toda tan larga vida se la pasó criando hijos. Como dice su nieto: «Cría tanto que cría al que será luego su segundo esposo». Empieza de madre de sus hermanos cuando su mamá muere teniendo ella doce años. Del primer marido, que se casa con otra, cría tres hijos, cría al que será luego su esposo, como ya se dijo, siendo de otra familia como hijo de crianza, de éste siete hijos más, luego los nietos que le deja una de las hijas y hasta el último momento algunos bisnietos. Así otro rasgo fundamental de las abuelas, especialmente las maternas, es la suplencia de la función madre de sus hijas cuando se la imponen las circunstancias. De esta

manera, si una hija por trabajo o por cualquier otra causa se aleja, no abandona a los hijos, se los deja a la abuela, que es la garantía de que van a estar cuidados. La madre popular venezolana tiene en las abuelas su más completa expresión.

La gran familia total que tiene como centro a la abuela está muy bien expresada en la experiencia que narra el nieto de Juana:

Recuerdo con ella las primeras oraciones; ella es la que me enseña a mí a rezar. ¿Y por quién rezábamos? Ella tenía una cabellera blanca muy bella. Las veces que mi mamá lograba convencerla para que se fuera a su casa, entonces, era laaargo porque teníamos que rezar por sus hermanos, por sus abuelos, por los que habían muerto... por toda la familia. Yo le iba peinando e íbamos rezando un Avemaría por cada uno de los hijos. Y eso era largo. Si los hijos tenían hijos, entonces por los nietos... Yo recuerdo, media hora, una hora completa.

He ahí una manera de ser madre de todos los miembros de la familia, vivos y muertos. La madre es madre de los hijos, pero la abuela es madre de todos los que constituyen la gran familia que incluso va más allá de lo que ordinariamente se entiende como familia extensa.

El abuelo materno de nuestro narrador se configura como el varón venezolano propio del mundo-de-vida popular. En primer lugar, como todos ellos, cuando avanza en edad se permite con los nietos la ternura y el papel de padre que nunca ejerció con sus hijos:

... conmigo toda la vida fue muy afectivo. Me tomaba en las piernas y me acariciaba. Eso sí; nos metía al monte a hacer trabajos de campo, a marear las culebras con el tabaco, a matar zorros, a tumbar las avispas. E iba diciendo: esto es así. No lo hizo mi papá, lo hizo él. Que yo recuerde, no me enlazó nunca con la familia, nunca me señaló a la familia, siempre me enlazaba con lo material. Mi relación con lo material empezó con él, es decir, lo que yo sé de la naturaleza y el poco afecto que pueda tener por ella y por los ciclos de la naturaleza se lo debo a él porque me iba diciendo, me enseñaba. Mi papá nunca lo hizo. No me enseñó nunca a ser mujeriego, nunca, pero él sí lo practicaba mucho y entonces decía: pero bueno, qué quiere tu abuela si esa vieja lo que se la pasaba era regañando a uno, qué coño iba a hacer yo en la casa; yo me iba de la casa. Nunca me lo enseñó como bueno; lo justificó siempre en la amargura de mi abuela.

En este párrafo hallamos, concentrados cuatro aspectos fundamentales del papel que desempeña un abuelo para con los nietos, en una situación de campo pero que puede considerarse como el esquema válido para entender ese papel en cualquier otra circunstancia.

Ante todo, el ejercicio de la ternura al que ya nos hemos referido. En segundo lugar, la enseñanza práctica de cómo desenvolverse en la cotidianidad de la vida, cosa que no hizo de padre y que no suelen hacer los padres; en tercer lugar, la enseñanza, por lo menos implícita, del papel de varón como excéntrico, tangencial, al núcleo familia ocupado totalmente por las madres, y en cuarto lugar, la enseñanza mediante el ejemplo del machismo sexual del varón incluyendo sus variadas justificaciones.

En otro relato-de-vida hallamos los mismos componentes fundamentales de la figura de la abuela materna:

No viví con ella, pero compartimos algunos momentos importantes. Mi mamá siempre buscaba una excusa los 31 de diciembre, cuando todos los hijos iban a compartir con la abuela, nosotros llegábamos siempre como faltando media hora antes del cañonazo. Teníamos una relación como de mucha bondad pero como no vivíamos con ella, se notaba mucho la diferencia de los nietos que vivían con ella; había una diferencia muy importante con respecto a nosotros, que no compartíamos ni vivíamos con ella, pero ella siempre guardaba un gesto de bondad y de ternura para con uno. Era la que hacía posible que todas mis tías se reunieran en diciembre a su alrededor y con sus hijos. Ella era la que mediaba todas las relaciones de las hijas. Ella murió y más nunca hubo reunión en diciembre.

357

En este relato se nos confirma el papel de gran madre de toda la familia extensa ejercido por las abuelas maternas en especial y se nos da a conocer otro aspecto que ciertamente aparece en más de uno de los casos: la discriminación entre los nietos con los que esa abuela convive y los que sólo la visitan. Toda abuela hubiera querido tener cerca como convivientes a todos los hijos y todos los nietos, acoger «como una gallina con sus pollitos», la expresión está en la historia-de-vida de Evelia, a la familia extensa entera en torno a sí.

La función de integración familiar, cuando la gran madre muere, no hay quien la pueda ejercer de la misma manera y la familia se dispersa.

Del abuelo materno no puede decirnos nada el narrador. Para su experiencia, no existió, fue totalmente desconocido y de él nunca se habló en la familia. Cualidad específica del padre y del abuelo: desaparición hasta de la memoria cuando no se mantiene presente; tangencialidad cuando se queda cercano.

No nos habla de los abuelos paternos porque habían muerto, pero sí nos da unos datos interesantes de los bisabuelos maternos a través de las narraciones de su mamá. Vivía la familia en una habitación de un corral, esto es, en una casa de vecindad, en San Juan, Caracas. El señor nunca dormía con ellos; visitaba a la abuela, pero dormía en casa de su mamá. La familia estaba, pues, constituida por

la madre y los hijos con un padre tangencial, cuya familia era su mamá.

Veamos ahora el relato-de-vida narrado por una nieta. De los abuelos paternos sólo nos habla de la abuela, pues el abuelo había muerto cuando ella era muy pequeña:

Mi abuela paterna la conocí, compartí con ella en los diciembres y las vacaciones, pero siempre que nosotros dos, mi hermano y yo, llegábamos allá, se notaba que no éramos de la casa. Eso nos lo hacían ver los demás primos. Nosotros somos hijos del varón de mi abuela, el único varón, y las demás tías y los demás primos, hijos de las mujeres, siempre nos apartaban. Ahí hay una distinción importante. Mi abuela nunca nos regañó, siempre nos trataba muy bien. Llegábamos allá, mi papá nos soltaba, se iba a rumbear y nos dejaba con la abuela. No tenía nada que ver con nosotros. El papel de la abuela era cuidarnos. Por eso decían: este viene, te zumba los muchachos y se va a rumbear. Qué sinvergüenza. Las hembras le reclamaban. Esa era la relación; no me acuerdo de otra.

La abuela, como en todos los casos, ejerce un papel de unión y de acogida, aun de los más distantes, que no siempre son bien aceptados por otros miembros de la familia, pero que se someten a la acogida de la abuela, no sin críticas. El padre, como cabía esperar, le suelta los hijos a su madre y se va a «rumbear». Recibe los reproches consabidos que no modifican su papel de tangente a la madre y los hijos.

La abuela materna, con la que convivió, para ella: «había una relación muy especial. Tanto es así, que era como la encargada del afecto. Era como la encargada del afecto, que tú no tienes como por vía materna: besos, acostarse juntos, el afecto, el contacto físico, el contacto de ese tipo de ternura. De repente para la hembra es más difícil establecerlo con la mamá».

Una madre puede permitirse, de abuela, lo que quizás no se permitió de mamá. En efecto, la narradora nos dice sobre su abuela: «... ella no lo hacía porque el reclamo de sus hijos, que son profesionales, con su mamá es ese: que nunca me habló, que cuando tuve la menstruación, mi mamá nunca me dijo cómo eran las cosas, mi mamá, esa señora con nosotros...».

Nos confirma también este relato la función de gran matriarca, de gran madre, que ejercía esa abuela tanto con los hijos como con los nietos y con las parejas de los hijos.

Es interesante que aunque nos dice que conoció al abuelo y lo tuvo cerca, no nos narra nada de él.

En el siguiente relato-de-vida encontramos abundantemente los mismos modelos y la misma diversidad de funciones:

«El abuelo paterno no lo conocí. Existía pero no lo conocí».

Un abuelo que, como hemos visto en otros, se esfuma. Como si no existiera.

El abuelo que era el padre de mi mamá, a pesar de que nosotros lo íbamos a visitar todos los años porque él vivía en Carora, yo no recuerdo con él mayor tipo de contacto afectivo ni ningún tipo de acercamiento afectivo, o sea, lo recuerdo como un señor que se parecía al doctor Torrealba de aquí de San Juan de los Morros porque era un hombre que siempre andaba como con un liquilique, unas alpargatas, un hombre así como muy reservado. Yo nunca le escuché ni gritar, ni... nada, un hombre muy reservado. Por mi mamá tengo la historia de que era un hombre muy severo, sobre todo con las hijas hembras. Mi mamá que es huérfana de madre. Un detalle particular es que para mí era muy ingrato ir a visitar al abuelo porque era una casa muy rural en Carora, donde no había ningún tipo de servicios. Una relación con él de la que no puedo rescatar absolutamente nada.

Del otro abuelo, el paterno,

... recuerdo muy bien algo que me impresionó cuando tendría como once o doce años, que mi papá me llevó. Nunca lo vi, o sea, nunca lo vi físicamente. Lo he visto en fotos. Me llevó a una de las haciendas del abuelo y me impresionó muchísimo, eso sería más o menos año 63, 64 por ahí, le pagaban a la gente con fichas. Era una casona, una hacienda. Ahí trabajaba desde el más chiquito hasta el más viejito, todos eran esclavos. Mi papá todavía tiene una leyenda sobre ese abuelo, de que si los reconoció, si no los reconoció, de que si tiene que reclamar alguna herencia. De ese abuelo ésta es la historia que tengo.

359

Conocimiento vago, impreciso, de un abuelo que aparece como tangencial a la familia, que nunca se casó con la abuela de la que vivió separado, que llenó de hijos todos los campos de su alrededor, esto es, un típico señor rural de viejos tiempos, dueño de vidas y haciendas, en una Venezuela que puede que todavía siga existiendo en algunos lugares. Sin embargo, si ya desapareció esa relación de amo y esclavo, la figura del abuelo en cuanto tal, en sus significados de fondo, es también aquí la misma que hemos ido encontrando en nuestras historias-de-vida y relatos-de-vida, la que se repite con diversos matices de formas y de costumbres.

Los abuelos maternos suelen estar más cerca de los nietos, por lo que nos dicen nuestras investigaciones, que los paternos, lo mismo que suele suceder con la rama materna de la familia en clara distinción de la rama paterna. La familia matricentrada, como modelo cultural dominante, condiciona todos los sistemas de relación tanto familiares nucleares como familiares extensos e incluso los no estrictamente familiares.

El narrador del relato-de-vida que estamos reseñando y comentando marca el perfil de la abuela paterna, que es la única con la que ha tenido experiencia directa.

Mi abuela paterna era una señora que tenía una peculiaridad que no la tienen la mayoría de las abuelas, una señora salida, así, del realismo mágico. Tuvo como dos etapas en su vida, una de mujer joven cuando crio a sus hijos siendo modista costurera. De esa etapa yo no me acuerdo absolutamente nada. Me acuerdo de la otra etapa de su vida cuando, según palabras mismas de ella y de mi papá, le llegó la ciencia y entonces ella se hizo espiritista y vivía de eso. Eso para mí fue una experiencia muy extraña.

Semejante especie de «profesión», no la priva, sin embargo, de ejercer para con toda la familia las funciones que ya hemos visto como características de eso que hemos llamado la abuelidad y que es el aspecto de su persona que aquí nos interesa: «De alguna forma la abuela era como el centro que cohesionaba la familia porque allá aterrizábamos todos los tíos y todos los primos, pero también era porque ella era, en términos de lo que yo pudiera decir hoy día, era alcahueta con los hijos». Pero su alcahuetería la ejercía sobre todo con los varones, cosa que es bastante común en la gran mayoría de las madres en nuestra familia modelo. Dada su permanente ocupación, desde muy temprano en la mañana hasta tarde ya en la noche recetando remedios para el cúmulo de pacientes que a ella acudían, delegaba en una hija las funciones cotidianas de abuela. Así, la hija ejercía como abuela sustituta en el trato con los nietos que convivían con ella, pero no en el ejercicio de la gran madredad sobre la gran familia. La tía se encargaba del cuidado de los nietos, pero no de unir a la familia:

No, eso no, porque es que estaba el concepto de la casa de la abuela. Nosotros íbamos a la casa de la abuela y religiosamente casi todas las semanas. Como la abuela se mudaba mucho, siempre íbamos a muchos sitios distintos, pero siempre era la casa de la abuela. Para nosotros, decir: vamos a casa de la abuela, eso siempre sonaba como una invitación muy agradable, aun cuando compartíamos muy poco con la abuela. Sí pasábamos algunos momentos, algunos espacios de compartir, ir a comer un helado con la abuela... Creo que uno de los atractivos era que a veces coincidíamos con el otro tío, con las primas, y sobre todo en diciembre, era obligatorio, 24 y 31, en la casa de la abuela y esos días sí eran especiales. Entonces, sí recuerdo, eso sí eran días como muy especiales, creo que esos días no trabajaba la abuela, y entonces, sí había todo lo que tenía que ver con el encuentro, de la comida, la celebración, compartir con algún que otro amigo. Ir a la casa de la abuela eso sonaba siempre como una cosa grandota, como algo así muy importante, y a nosotros nos sacaba de la rutina.

La casa de la abuela, expresión explícita en este narrador e implícita en todos los anteriores, es el gran significado de fondo que da razón del papel que las abuelas desempeñan en la familia total.

Reseñamos y comentamos a continuación un último relato-de-vida en el cual volvemos a encontrar los significados fundamentales de la figura de los abuelos en la familia matricentrada.

De mis abuelos paternos conozco muy poco y lo que conozco ha sido porque le he preguntado a mi mamá. A mi papá lo crío una tía que no es hermana de su mamá biológica sino una tía que tiene que ser paterna pero no sé. De mi abuelo no conozco nada. Cuando estaba pequeño visitamos su casa una sola vez pero de él no recuerdo nada; es como si no existiera.

Lo propio y lo esperado de la rama paterna de la familia matricentrada.

«De la abuela, es decir de la que lo crío, que es lo que más conozco por mi mamá, lo que sé es que ella nos mandaba a buscar para tenernos en su casa y nos mandaba a buscar con otro nieto. No recuerdo mucho porque ella murió a temprana edad nuestra y no tuvimos mucha relación».

No llegó, pues, ni siquiera a ejercer de abuela sustituta. Tampoco deja mucha huella el abuelo materno, aunque estuvo más cerca vivencialmente del nieto que narra a través de la abuela: «Cuando yo tenía seis años nos mudamos a vivir con mi abuela materna y ahí viví la mayor parte de mi infancia y de la adolescencia. Ya había muerto mi abuelo materno; lo poco que conozco es también por mi mamá; que tuvo hijos con una de las hermanas, después con otra y después por último se llevó a mi abuela». La única noticia está referida al típico machismo sexual del hombre popular venezolano.

De la abuela materna tiene recuerdos de su exigencia y dureza de carácter, pero en su juventud, esto es, en el tiempo en que fue más madre que abuela. Después,

... cuando se hizo bastante mayor, cambió, se hizo más cariñosa; la dureza cambió radicalmente. Cuando otras personas le buscaban pleito a mi hermano ahí sí mi abuela salía en nuestra defensa. Cuando se metían con nosotros. En las épocas de vacaciones y en diciembre, todas mis tías, las que vivían Maracay, en Calabozo, en San Fernando, en Achaguas, todas iban para El Yagual a visitar y a pasar esa temporada con mi abuela. A la que se retiraba antes, la reclamaban.

La gran madre asume su función cuando llega a la edad propicia para ello.

Tenemos, pues, algunos rasgos y significados que nos perfilan el papel y las funciones de los abuelos en la familia matricentrada.

Ante todo, hay que tener en cuenta que entre abuelos y abuelas hay una tajante y clara diferencia. Los abuelos aparecen en todos los relatos y en las historias de vida, como conservando en la edad avanzada el mismo o muy semejante perfil que tiene el padre y el varón en nuestro modelo cultural de familia: Son figuras tangenciales al núcleo central, constituido por madres e hijos, que no pertenecen propiamente a lo que es la estructura de la familia, que no pertenecen a ningún núcleo aunque hayan formado muchos producto de una variada dispersión sexual y que, en el mejor de los casos, se relacionan con los nietos en los aspectos más materiales de la cotidianidad.

Entre los abuelos paternos y los maternos hay, sin embargo, algunas diferencias, especialmente en cuanto a cercanía física y afectiva. Los abuelos paternos no sólo están más alejados de los nietos que los maternos sino que muchas veces no establecen contacto de ningún tipo con ellos hasta el punto de ser totalmente desconocidos, lo mismo que si no existieran. Los paternos aparecen como más cercanos tanto física como afectivamente, pero siempre como externos y tangenciales a la familia propiamente.

También entre las abuelas paternas y las maternas hay diferencias significativas, aunque unas y otras coinciden en ejercer la función de grandes madres unificadoras en el afecto y la comunicación de la propia rama familiar materna. Las abuelas paternas, como pertenecientes a la rama paterna de la familia de los nietos, lucen, con pocas excepciones, sobre todo si falta por muerte la abuela materna, como más alejadas. Con ellas los contactos son más esporádicos y distantes.

En todos los casos, sin embargo, a edades avanzadas fungen como «las encargadas del afecto», según la expresión de una de nuestras narradoras.

No obstante tenemos que distinguir dos tipos de abuela en los años de clara y relativa juventud.

En el primer tipo vamos a ubicar a la abuela autoritaria y dominante, cuyo modelo más acabado es el de la abuela de Pedro, la cual ejerce un poder casi matriarcal sobre toda la familia, coartando muchas veces el desarrollo normal de las hijas mientras alcahuetea a los hijos varones. Es, sin embargo, el ejercicio de la misma función de gran madre de toda la familia extensa o gran familia llevado a cabo con el recurso al poder que da la función, dentro de la tradición popular, más que recurriendo al afecto y a la ternura.

Otro es el tipo de abuela que desde el principio asume su papel de tal, considerando que le toca encargarse del afecto, la ternura, la bondad, la dulzura y con esos medios unir a toda la gran familia.

En la familia matricentrada, la abuela, especialmente la materna, es una figura que se ubica en el centro de la estructura de la familia extensa, como la madre está en el centro de la familia nuclear.

